

Almas perdidas

Lisa Jackson



Traducción de Javier Fernández Córdoba



PANDORA

Libros publicados de Lisa Jackson

1. Almas perdidas

Título original: *Lost Souls*
Primera edición

© Susan Lisa Jackson, 2008

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:
© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-519-6 Depósito Legal: B-27444-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía, 11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 11

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a todos los que trabajaron en este libro. Como siempre, mi perspicaz editor, John Scognamiglio, prestó su ayuda con el libro desde el momento en que tan solo era el germen de una idea. Con su ayuda fui capaz de convertir un vago concepto en una trama completa, y no puedo imaginarme las horas que empleó en el manuscrito. Antes de que el libro finalizado llegase a Nueva York, mi hermana, la autora Nancy Bush, colaboró con la edición y la compilación del manuscrito; una tarea ardua, podéis creerme. Tras el telón, una legión de personas me ayudaron con la documentación y la promoción. Jamás podré agradecerse lo suficiente: Ken Bush, Alex Craft, Matthew Crose, Michael Crose, Kelly Foster, Ken Melum, Roz Noonan, Joan Schulhafer, Mike Seidel, Larry Sparks y Niki Wilkins. Pido disculpas si he olvidado a alguien. ¿Puedo decir que son cosas de la edad?

Nota de la autora

Debido a los propósitos de esta historia, he manipulado algunas normas del procedimiento policial y además he creado mi propio departamento de policía ficticio en la ciudad de Nueva Orleans.

Prólogo



Colegio All Saints
Baton Rouge, Luisiana
Diciembre

¿Dónde estoy?

Una corriente de aire gélido acarició la piel desnuda de Rylee.

Le puso la carne de gallina.

Temblorosa, parpadeó tratando de escudriñar en la cambiante oscuridad, un frío y oscuro vacío con silenciosos puntos de luz roja envueltos en una creciente niebla. Estaba helada, medio echada sobre alguna clase de sofá y...

¡Oh, Dios!, ¿estoy desnuda?

¿Era cierto?

¡No puede ser!

Aun así podía sentir la suave superficie de terciopelo contra sus curvas, sus nalgas y sus hombros, donde entraban en contacto con el brazo de aquel asiento.

Una aguda punzada de terror atravesó su cerebro.

Trató de moverse, pero sus brazos y piernas no respondían, ni siquiera podía girar la cabeza. Movi6 los ojos hacia arriba, tratando de vislumbrar el techo de aquella habitación tan oscura con esa extraña luz roja.

Pudo oír un débil carraspeo.

¿Qué?

¿No estaba sola?

Intentó girar su cabeza hacia el sonido.

Pero no fue capaz. Cayó pesadamente contra el respaldo del asiento.

¡Muévete, Rylee, levántate y corre, joder!

Un nuevo sonido. El roce de un zapato contra el cemento (o algo sólido) llegó hasta sus oídos.

Sal de aquí, sal de aquí ahora mismo. Esto es demasiado raro.

Aguzó los oídos. Le pareció que el más tenue de los susurros le llegaba desde las sombras. ¿Qué demonios era aquello?

Una nueva sensación de miedo estremeció su interior. ¿Por qué no podía moverse? ¿Qué era lo que le estaba ocurriendo? Trató de hablar pero no fue capaz de pronunciar una palabra, como si sus cuerdas vocales estuvieran congeladas. Miró frenéticamente a su alrededor; los ojos podían moverse en sus cuencas, pero su cabeza era incapaz de girar.

Le palpitaba el corazón y, a pesar del frío en el ambiente, comenzó a sudar.

Era un sueño, ¿verdad? Una horrible pesadilla en la que no podía moverse y se encontraba sobre un sofá de terciopelo, tan desnuda como el día en que vino al mundo. Le pareció que el sofá estaba ligeramente elevado, como si se encontrase sobre alguna extraña clase de escenario o estrado, rodeado por un público invisible; gente que se ocultaba en las sombras.

El terror le cerraba la garganta.

El pánico se apoderaba de ella.

No es más que un sueño, recuérdalo. No puedes hablar, no puedes moverte, son los clásicos signos de una pesadilla. Cálmate, apártalo de tu cabeza. Te despertarás por la mañana...

Pero no prestó atención a los consejos que revoloteaban por su cabeza, porque allí había algo escondido y en silencio. Algo no iba nada, nada bien en toda aquella situación. Jamás antes había estado aterrorizada por una pesadilla en la que hubiera pensado para sí misma que pudiera estar soñando. Y allí había una realidad inherente, una esencia que le hacía replantearse su razonamiento.

¿Qué podía recordar...? Oh, Dios, ¿había sido la noche anterior... o tan solo unas horas antes? Había salido a tomar unas copas con sus nuevos amigos del colegio, una especie de pandilla que andaba metida en eso del «Vampirismo gótico»...no, no... ellos insistían en que se trataba de *Vampyrismo*. Se suponía que esa arcaica pronunciación lo convertía en algo más real, o algo por el estilo. Hubo susurros, desafíos y Martinis rojo sangre sobre los que los demás habían insistido en que estaban teñidos con auténtica sangre humana. Había sido una especie de «rito de iniciación».

Rylee no los creyó, pero había querido formar parte de su grupo, había aceptado sus desafíos, había consentido... y ahora... ahora estaba teniendo un viaje. Le habían adulterado la bebida, no con sangre, sino con alguna extraña droga psicodélica que le estaba provocando alucinaciones, ¡eso es! ¿Acaso no había percibido el matiz de vacilación en sus miradas cuando ella sostuvo aquel Martini rojo sangre y jugueteó con la copa entre sus dedos? ¿No había notado su fascinación, incluso temor, al no beber de la copa, sino devolverla con un ademán?

¡Oh, Dios...!

Aquella iniciación (sobre la que había pensado que no era más que una broma) había tomado un giro peligroso e inesperado giro. Recordaba vagamente haber accedido a formar parte del «espectáculo». Se había bebido la falsa sangre de la copa de Martini y sí, llegó a pensar que molaba todo eso de los vampiros, en lo que sus recientes amigos andaban metidos, pero no se había

tomado en serio nada de lo que decían. Simplemente pensó que le estaban tomando el pelo, comprobando hasta dónde podría llegar...

Pero unos minutos después de tomarse la bebida, se sintió rara, más que borracha, y realmente fuera de sí. Más tarde comprendió que el Martini había sido adulterado con una potente droga y empezó a perder el sentido.

Hasta ahora.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

¿Minutos?

¿Horas?

No tenía ni idea.

¿Era una pesadilla?

¿Un mal viaje?

Rezó a Dios porque así fuera. Porque si aquello era real, entonces ella efectivamente se encontraba en un sofá, sobre un escenario, sin nada puesto, con su largo pelo enredado sobre su cabeza y las extremidades inmóviles. Era como si estuviera interpretando un papel en alguna espeluznante y retorcida obra; una que, estaba segura de ello, no tenía un final feliz.

Oyó un nuevo susurro de expectación.

La luz roja comenzó a parpadear suavemente, en armonía con los latidos de su aterrizado corazón. Le pareció vislumbrar el blanco de docenas de ojos que la contemplaban desde la oscuridad.

Dios mío, ayúdame.

Apretando los dientes, se concentró en mover sus extremidades, pero no hubo respuesta. Nada.

Intentó gritar, chillar, decirle a alguien que detuviese aquella locura. Su voz tan solo emitió el más débil de los quejidos.

El miedo hervía en su interior.

¿Es que nadie podía poner fin a eso? ¿Nadie entre el público? ¿No podían ver su terror? ¿Darse cuenta de que la broma había ido demasiado lejos? Silenciosamente, les suplicó con la mirada. Poco a poco, el escenario fue iluminándose por unas cuantas bombillas a ras del suelo que creaban un fulgor suave y difuso, acentuado por la parpadeante luz roja.

Volutas de niebla se deslizaban a través del escenario.

Un murmullo de impaciencia parecía recorrer el invisible público. ¿Qué es lo que iba a ocurrirle? ¿Lo sabían ellos? ¿Se trataba de un rito que habían presenciado antes, tal vez sufriendolo ellos mismos? ¿O era algo peor, algo demasiado horrible de imaginar?

Estaba condenada.

¡No! ¡Lucha, Rylee, lucha! No te rindas. ¡No te rindas!

Una vez más trató de moverse, y una vez más sus músculos no obedecieron. Intentó en vano levantar un brazo, la cabeza, una pierna, cualquier maldita cosa, sin resultado.

Entonces lo oyó.

El vello de su nuca se erizó por el miedo, tan helador como el mar del norte. Supo al instante que ya no estaba sola sobre el escenario. Por el rabillo de uno de sus aterrorizados ojos detectó movimiento. Era una oscura silueta, un hombre alto, de anchos hombros, que caminaba atravesando la espesa y rastrera niebla.

La garganta se le volvió como la arena.

El pánico le atenazó el corazón.

Ella lo miraba, obligada a contemplar como se acercaba lentamente, paralizada por el terror. Ese era él. El hombre sobre el que habían susurrado los amantes de los *vampyros*.

Casi esperaba que llevase puesta una capa negra con forro escarlata, que su rostro fuese pálido como la muerte, de ojos brillantes y colmillos relucientes, revelados al retraer sus labios.

Pero ese no era el caso. Aquel hombre iba parcialmente vestido de negro, sí. Pero allí no había capa alguna, ni fastuoso satén rojo u ojos brillantes. Era delgado, aunque de apariencia atlética. Y endiabladamente atractivo. Unas amplias gafas de sol de espejo ocultaban sus ojos. Su pelo era oscuro, o estaba húmedo, y lo bastante largo para acariciar el cuello de su chaqueta de cuero negro. Sus vaqueros estaban rotos y algo caídos. Llevaba una camiseta gastada que una vez había sido negra. Sus botas de piel de serpiente lucían ajadas, con los tacones gastados. Había algo en él que le resultaba familiar, pero no podía ubicar su rostro.

Una impaciente expectación ascendió desde la oscuridad, envolviendo el escenario.

Una vez más, ella pensó que se trataba de un insólito sueño, una extraña pesadilla o alucinación que era ahora tan atractiva como aterradora.

Oh, por favor... que no sea real...

Él llegó hasta el sofá y se detuvo, el roce de sus botas ya no se repetía en un eco a través de su cerebro; tan solo el siseo de expectación se imponía sobre sus erráticos latidos.

Con el respaldo del sofá separando sus cuerpos, él deslizó una mano grande y callosa sobre su cuello desnudo, provocando una emoción que acaloró su sangre y deshizo una parte del miedo que la atenazaba. Las yemas de los dedos apretaron delicadamente su clavícula y su pulso se aceleró.

A una parte de ella, una parte muy pequeña, le parecía excitante.

Un siseo recorrió la invisible multitud.

—Esta —dijo él, con una voz imperativa aunque suave, como si se dirigiera hacia los ocultos espectadores—, es vuestra hermana.

El público dejó escapar un «¡ah!» de expectación.

—Hermana Rylee.

Ese era su nombre, sí, pero... ¿De qué estaba hablando? Ella quería negarlo, sacudir su cabeza, contarle que lo que estaba ocurriendo estaba mal,

que sus pezones solo se habían endurecido debido al frío, no por alguna sensación de deseo, que el impulso existente en lo más profundo de su ser no era lascivia.

Pero él sabía que lo era.

Él podía palpar su deseo. Oler su miedo. Y ella sabía que la deseaba por sus indómitas emociones.

No hagas eso, suplicó en silencio, pero ella sabía que podía leer las señales de aviso en la dilatación de sus pupilas, en su respiración entrecortada, en sus gemidos, más anhelantes que atemorizados.

Sus fuertes dedos apretaron un poco más fuerte, con firmeza, como unas cálidas zarpas sobre su piel.

—La hermana Rylee se une esta noche a nosotros voluntariamente —dijo con convicción—. Está preparada para realizar el último y definitivo sacrificio.

¿Qué sacrificio? Eso no sonaba bien. Una vez más, Rylee trató de protestar, de apartarse, pero estaba paralizada. La única parte de su cuerpo que no se encontraba totalmente desconectada era su cerebro, e incluso este parecía decidido a traicionarla.

Confía en él, le susurraba esa parte. *Sabes que te ama...puedes sentirlo... ¿Y cuánto tiempo llevas esperando ser amada?*

¡No! Aquello era una locura. Era la droga la que hablaba.

Pero ella deseaba sucumbir al tacto de sus dedos, que se deslizaban lentamente, descendiendo por un cálido sendero a lo largo de sus pechos, cada vez más cerca de sus doloridos pezones.

Sintió un cosquilleo en su interior. Dolía.

Pero aquello estaba mal. ¿Verdad...?

Él se inclinó acercándose más; la nariz contra su pelo, los labios rozando el pabellón de su oído mientras le susurraba tan silenciosamente de forma que solamente ella pudiera oírlo: «Te amo». Ella se derretía por dentro. Lo deseaba. Un tórrido impulso se elevó en su ser. Los dedos frotaron su piel por debajo de la clavícula, un poco más fuerte, presionando en su carne. Por un instante se olvidó de que se encontraba en un escenario. Estaba a solas con él, y él la estaba acariciando... amándola... Él la deseaba como ningún otro hombre la había deseado jamás... Y...

Apretó con fuerza.

Un dedo fuerte se hundió en su carne, clavándosele en las costillas.

La atravesó una sacudida de dolor.

Sus ojos se abrieron de golpe.

El miedo y la adrenalina estallaron en su circulación sanguínea. Su pulso se disparó, loca y salvajemente.

¿Qué había estado pensando? ¿Que podría seducirla?

¡No!

¿Amor? ¡Oh, por el amor de Jesús, él no la amaba! *Rylee, no te dejes engañar. No caigas en su estúpida trampa.*

El maldito alucinógeno la había convencido de que se preocupaba por ella, pero él, quien demonios quiera que fuera, tan solo pretendía utilizarla en su enfermizo espectáculo.

Ella lo miró, y él advirtió su ira.

El bastardo sonreía, con sus dientes blancos y relucientes.

Entonces supo que disfrutaba con su impotente furia. Él percibió los latidos de su corazón, su sangre fluyendo cálida y frenéticamente por sus venas.

—Su sangre es la sangre intacta de una virgen —dijo hacia la invisible muchedumbre.

¡No!

¡Os habéis equivocado de chica! ¡Yo no soy...!

Dedicó toda su concentración en hablar, pero su lengua se negó a funcionar, no hubo aire que presionara sus cuerdas vocales. Intentó luchar, pero sus miembros no tenían fuerza.

—No tengas miedo —susurró él.

Invadida por el terror, contempló como se inclinaba hacia delante, acercándose más, con su cálido aliento, sus labios encogiéndose para mostrar sus dientes desnudos.

Dos brillantes colmillos refulgieron, igual que en su fantasía.

Por favor, Dios. Por favor, ayúdame a despertar. ¡Por favor, por favor...!

Junto al siguiente latido, sintió un frío pinchazo, semejante al de una aguja, mientras los colmillos se clavaban en su piel y penetraban fácilmente en sus venas.

Su sangre comenzó a derramarse...



Hasta ahora ha ido bien, pensó Kristi Bentz mientras lanzaba su almohada favorita al asiento trasero de su Honda de diez años, un coche que estaba como nuevo para ella, pero que casi alcanzaba los ciento treinta mil kilómetros en el contador. Con un golpe apagado, la almohada aterrizó sobre el montón formado por su mochila, sus libros, la lámpara, el iPod y otros artículos esenciales que llevaba consigo a Baton Rouge.

Su padre contemplaba su marcha de la casa que compartían, una pequeña cabaña que en realidad pertenecía a su madrastra. Durante todo el tiempo que la estuvo mirando, el rostro de Rick Bentz era una máscara de frustración.

¿Y qué tenía eso de raro?

Al menos, gracias a Dios, su padre aún estaba entre los vivos.

Kristi aventuró una mirada en su dirección.

Tenía buena pinta, incluso parecía robusto: sus mejillas estaban enrojecidas por la caricia del viento que pasaba entre los pinos y cipreses; unas pocas gotas de lluvia humedecían su oscuro cabello. En efecto, tenía algunos mechones grises, y probablemente había cogido cinco o diez kilos durante el último año, pero al menos su aspecto era de estar sano y fuerte, con los hombros firmes y los ojos abiertos.

Gracias a Dios.

Porque a veces, no era así. Al menos no para Kristi. Desde que despertó de un coma hace más de año y medio, había sufrido visiones de él, horripilantes imágenes en las que, cuando ella lo miraba, aparecía como un fantasma: de color gris, con dos oscuros e impenetrables agujeros por ojos y un tacto frío y húmedo. Además, había tenido muchas pesadillas acerca de una oscura noche, el crepitar del relámpago partiendo en dos un cielo negro, el resonar de un árbol quebrándose al ser impactado, y luego veía a su padre yacer muerto en un charco con su propia sangre.

Desafortunadamente, las visiones eran más frecuentes que los sueños. En pleno día, ella veía como el color de su piel se diluía, contemplaba su cuerpo que se tornaba pálido y grisáceo. Sabía que él iba a morir. Y pronto. Había visto su muerte lo suficiente en su recurrente pesadilla. Durante el último año y medio

había estado segura de que encontraría el cruento y horripilante final que había contemplado en sus sueños.

Aquellos últimos dieciocho meses había estado enferma de preocupación por él, mientras se recuperaba de sus propias lesiones, pero hoy, el día después de Navidad, Rick Bentz era la viva imagen de la salud. Y estaba molesto.

La había ayudado de mala gana a llevar las maletas hasta el coche mientras el viento cruzaba esa parte del arroyo, sacudiendo las ramas, levantando las hojas y llevando consigo el aroma de la lluvia y el agua estancada. Ella había aparcado su utilitario en el encharcado camino de entrada de la pequeña cabaña que Rick compartía con su segunda esposa.

Olivia Benchet Bentz era buena para Rick. Sin duda alguna. Pero ella y Kristi no se llevaban demasiado bien. Y mientras Kristi cargaba el coche ante la desaprobación de su padre, Olivia permanecía en el umbral a seis metros de distancia, frunciendo el ceño con interés y con sus grandes ojos oscuros llenos de inquietud, aunque no dijo nada.

Mejor.

Era una de las cosas buenas que tenía. Olivia sabía que no debía interponerse entre un padre y su hija. Era lo bastante lista para no añadir una coletilla no deseada a cualquier conversación. Aunque, esta vez, no se retiró hacia el interior de la casa.

—Es que no creo que esta sea la mejor idea —adujo su padre por... ¿ducentésima vez desde que Kristi soltó la bomba de que se había matriculado para las clases de invierno en el colegio All Saints, en Baton Rouge? Tampoco es que se tratase de una sorpresa mayúscula. Le había comunicado su decisión en septiembre—. Podrías quedarte con nosotros y...

—Ya te oí la primera vez, y la segunda, y la decimoséptima y la número trescientos cuarenta y dos y...

—¡Ya basta! —Levantó una mano, mostrando la palma.

Ella cerró la boca de golpe. ¿Es qué tenían que llevarse siempre como el perro y el gato? ¿Incluso después de todo por lo que habían pasado? ¿Incluso cuando en varias ocasiones habían estado a punto de no volver a verse?

—¿Qué parte de «Me marché de Nueva Orleans y vuelvo al colegio» es la que no entiendes, papá? Te equivocas, no puedo quedarme aquí. Simplemente... no puedo. Soy demasiado mayor para vivir con mi padre. Necesito tener mi propia vida. —¿Cómo podía explicarle que le resultaba insoportable el hecho de mirarle un día tras otro, viéndolo sano un minuto, luego grisáceo y después muriéndose? Se había convencido de que él iba a morir y permaneció a su lado mientras se recuperaba de sus propias heridas, pero el ver cómo el color desaparecía de su rostro fue definitivo para ella y casi la convenció de que estaba loca. Por el amor de Dios, quedarse allí tan solo empeoraría las cosas. Las buenas noticias eran que llevaba un tiempo sin ver aquella imagen, ahora hacía

un mes, así que puede que hubiera interpretado mal las señales. De cualquier forma, era el momento de continuar con su propia vida.

Kristi rebuscó sus llaves en la mochila. No había motivos para seguir discutiendo.

—Vale, vale, te marchas. Lo entiendo. —Frunció el ceño mientras las nubes avanzaban por el cielo a baja altitud, eliminando cualquier opción de disfrutar de la luz del sol.

—¿Lo entiendes? ¿De verdad? Después de que te lo haya dicho, ¿cuántas? ¿Un millón de veces? —le riñó Kristi, pero mostrándole al tiempo una sonrisa—. Está claro que eres un investigador implacable. Justo como te describen los periódicos: «Nuestro héroe local, el detective Rick Bentz».

—Los periódicos no saben una mierda.

—Otra aguda observación realizada por el detective estrella del departamento de policía de Nueva Orleans.

—Déjalo ya —murmuró, aunque uno de los lados de su rígida boca se transformó en lo que podría interpretarse como la más natural de las sonrisas. A la vez que se pasaba una mano por el pelo, volvió la mirada hacia la casa, hacia Olivia, la mujer que se había convertido en su apoyo—. Jesús, Kristi —añadió—. Eres de lo que no hay.

—Es algo genético. —Dio con las llaves.

Rick entrecerró sus ojos y apretó la mandíbula.

Ambos sabían lo que él estaba pensando, pero ninguno mencionó el hecho de que no era su padre biológico.

—No tienes por qué huir.

—No estoy huyendo. De nada. Pero voy hacia algo. Se llama «el resto de mi vida».

—Podrías...

—Mira, papá, no quiero oírlo —lo interrumpió Kristi mientras lanzaba su bolso al asiento del copiloto, junto a tres bolsas de libros, DVD y CD—. Sabías que iba a regresar al colegio desde hace meses, de modo que no hay motivo para que ahora montes una escenita. Se acabó. Soy una persona adulta y me voy a Baton Rouge, a mi antigua alma máter, el colegio All Saints. No está al otro lado del mundo. Estaremos a menos de un par de horas de distancia.

—No es por la distancia.

—Necesito hacer esto. —Miró hacia Olivia, cuyo alborotado pelo rubio estaba en parte iluminado por las luces de colores del árbol de Navidad. La modesta cabaña parecía cálida y acogedora ante la incipiente tormenta, pero no era el hogar de Kristi. Jamás lo había sido. Olivia era su madrastra y, aunque se soportaban, aún no existía un estrecho lazo familiar entre ellas. Puede que nunca lo hubiera. Aquella era ahora la vida de su padre y en realidad no tenía mucho que ver con ella.

—Ha habido problemas por allí. Algunas alumnas han desaparecido.

—¿Ya has estado investigando? —inquirió furiosa.

—Tan solo he leído acerca de unas chicas desaparecidas.

—¿Quieres decir que se han escapado?

—Quiero decir desaparecidas.

—¡No te preocupes! —espetó. Ella también había oído que unas chicas habían desaparecido del campus inesperadamente, aunque no se pensaba que hubiera pasado nada grave—. Las chicas se escapan del colegio y de sus padres continuamente.

—¿En serio? —preguntó.

Una ráfaga de viento frío atravesó el arroyo, esparciendo unas cuantas hojas empapadas y dando de lleno en la sudadera con capucha de Kristi. La lluvia se había detenido por el momento, pero el cielo estaba plomizo y cubierto de nubes, y varios charcos se extendían sobre el agrietado pavimento.

—No es que no crea que debas regresar al colegio —explicó Bentz, apoyando su cadera contra el compartimento de la rueda de su Honda y, al menos hoy, representando la viva imagen de la salud: con su piel sonrosada y su cabello oscuro con solo unos pocos mechones grises—. Pero... ¿toda esa idea de convertirte en escritora de novelas policíacas?

Ella levantó una mano, luego recolocó algunos objetos en la parte posterior del coche, de forma que le permitieran ver por el espejo retrovisor.

—Sé dónde quieres llegar. No quieres que escriba sobre ninguno de los casos en los que has trabajado. No temas. No pienso pisar terreno sagrado.

—No se trata de eso y lo sabes —replicó. Apareció un rastro de enfado en sus profundos ojos.

Bien. Que se cabree. Ella también estaba irritada. Ambos habían pasado las últimas semanas poniendo a prueba los nervios del otro.

—Estoy preocupado por tu seguridad.

—Bueno, pues no lo estés, ¿de acuerdo?

—Deja ya esa actitud. Hablas como si no hubieras sufrido ya una experiencia traumática.

Sus ojos se encontraron, y ella supo que su padre estaba reviviendo cada aterrador segundo de su asalto con secuestro.

—Estoy bien. —Se tranquilizó un poco. A pesar de que muchas veces era un auténtico tormento, en el fondo era un buen tipo. Y ella lo sabía. Tan solo se preocupaba por ella. Como siempre. Pero eso no le hacía falta.

Haciendo un esfuerzo, aplacó su impaciencia mientras *Peludo*, el saco de pulgas de su madrastra, cruzaba la puerta principal y perseguía a una ardilla hasta llegar a un pino. En un destello rojo y gris, la ardilla trepó por el áspero tronco hasta una rama alta que se agitó mientras miraba hacia abajo y se mofaba del terrier cruzado. *Peludo* golpeó el tronco con sus patas y gimoteó rodeando el árbol.

—*Shh...* la próxima vez la atraparás —dijo Kristi, cogiendo al chucho en sus brazos. Sus patas mojadas juguetearon por la sudadera y recibió una húmeda pasada de lengua de *Peludo* en la mejilla—. Te echaré de menos —le aseguró al

perro, que se retorció para regresar a tierra y a su caza de roedores. Kristi lo puso sobre la hierba, encogiéndose levemente debido a un persistente dolor en el cuello.

—¡*Peludo!* ¡Ven aquí! —le ordenó Olivia desde el porche, pero el absorto perro hizo caso omiso de ella.

—No estás completamente curada —señaló Bentz.

Kristi suspiró con fuerza.

—Mira papá, todos mis variados y especializados médicos dijeron que estaba bien. Mejor que nunca, ¿vale? Es curioso lo que se puede conseguir con un poco de tiempo en el hospital, algo de fisioterapia, unas cuantas sesiones con un psiquiatra y después de casi un año de intenso entrenamiento personal.

Él resopló. Como añadiendo crédito a sus preocupaciones, un cuervo aleteó hacia ellos para acabar posándose entre las ramas desnudas de un magnolio. Profirió un solitario y melancólico graznido.

—Te asustaste mucho cuando despertaste en el hospital —le recordó.

—Eso es historia antigua, por el amor de Dios. —Y era verdad. Desde su ingreso en la UCI, el mundo había cambiado por completo. El huracán *Katrina* había hecho pedazos Nueva Orleans, y luego se había dividido a lo largo de la costa del Golfo. La devastación, el pesimismo y la destrucción aún persistían. A pesar de que el *Katrina* había arrasado a su paso por el Golfo hacía más de un año, las consecuencias de su furia eran evidentes por todas partes, y lo serían durante años; probablemente décadas. Se hablaba de que Nueva Orleans podría no volver a ser la misma jamás. Kristi prefirió no pensar en ello.

Su padre, por supuesto, había tenido trabajo de más. De acuerdo, ella podía entenderlo. La fuerza policial al completo había sido destinada al punto crítico, al igual que la propia ciudad y los castigados y dispersos ciudadanos, algunos de los cuales habían sido enviados a puntos lejanos, al otro lado del país y no pensaban regresar. ¿Quién podía culparles con los hospitales, servicios ciudadanos y transportes hechos un desastre? Desde luego que existía una revitalización, pero llegaba de forma lenta e irregular. Afortunadamente el barrio francés, el cual había salido del paso virtualmente ileso, todavía representaba sin igual la vieja Nueva Orleans, de forma que los turistas se aventuraban de nuevo en esa parte de la ciudad.

Kristi había pasado los últimos seis meses de voluntaria en uno de los hospitales locales, ayudando a su padre en la comisaría, empleando los fines de semana en la limpieza de la ciudad, pero ahora comprendía, y su psiquiatra había insistido en ello, que necesitaba continuar con su vida. De forma lenta, pero segura, Nueva Orleans resurgía. Y había llegado el momento en el que debía empezar a pensar en el resto de su propia vida y en lo que deseaba hacer.

Como de costumbre, el detective Bentz no estuvo de acuerdo. Después del huracán, Rick Bentz había vuelto a adoptar su papel de padre protector de forma

exagerada. Kristi estaba muy por encima de eso. Ya no era como si fuera una niña, o incluso una adolescente. ¡Era una adulta, por el amor de Dios!

Cerró de un golpe el maletero del utilitario. El cierre no encajó, así que volvió a colocar su almohada favorita, su lámpara de mesa y el edredón bordado a mano que su abuela le había dejado; entonces volvió a probar. Esta vez, el cierre encajó en su posición.

—Tengo que irme. —Comprobó la hora en su reloj—. Le dije a la patrona que hoy llegaría para tomar posesión de mi habitación. Llamaré cuando llegue y te haré un informe completo. Te quiero.

Pareció estar a punto de protestar, entonces respondió con brusquedad: «Yo también, niña».

Ella lo abrazó, sintió la fuerza de su achuchón, y se sorprendió al descubrir que luchaba por contener unas repentinas lágrimas al apartarse de él. ¡Qué ridículo! Le mandó un beso a Olivia y luego se puso tras el volante. Con un giro de su muñeca, el motor del pequeño coche cobró vida y Kristi, con un nudo en la garganta, retrocedió todo el largo camino de entrada a través de los árboles.

Una vez en la carretera, dio la vuelta sobre el asfalto mojado. Echó un nuevo vistazo a su padre, con el brazo levantado mientras le decía adiós. Dejando escapar un profundo suspiro, se sintió repentinamente libre. Finalmente se marchaba. Después de un largo tiempo, por fin, estaba otra vez por su cuenta. Pero mientras ponía el coche en camino, el cielo se oscureció, y en el espejo retrovisor de uno de los lados, captó una imagen de Rick Bentz.

Una vez más el color de su cuerpo se había diluido y parecía un fantasma, en tonos de negro, blanco y gris. Le faltó el aliento. Podía correr todo lo lejos que le fuera posible, pero jamás escaparía al espectro de la muerte de su padre.

Lo sabía en el fondo de su corazón.

Era seguro.

Y ocurriría pronto.

Escuchando una vieja balada de Johnny Cash, Jay McKnight miraba a través del parabrisas de su camioneta mientras las escobillas apartaban las gotas de lluvia que caían sobre el cristal. Mientras conducía a noventa kilómetros por hora a través de la tormenta con su perro de caza medio ciego en el asiento del copiloto, se preguntó si estaba perdiendo la cabeza.

¿Por qué otro motivo accedería a hacerse cargo de una clase nocturna para un amigo de una amiga que estaba de vacaciones? ¿Qué le debía él a la doctora Althea Monroe? Nada. Apenas conocía a esa mujer.

Puede que lo hagas por tu salud mental. Estabas seguro de necesitar un maldito cambio. Y de todas formas, ¿qué podría ir mal en enseñar Ciencia Forense y Criminología durante un trimestre a unas mentes jóvenes e inquietas?

Cambió de marcha y sacó su camioneta de la calle principal, desviándola hacia las familiares calles laterales, donde la lluvia caía a través de las ramas de los árboles y las luces urbanas tan solo empezaban a encenderse. El agua siseaba bajo los neumáticos y pocos viandantes se atrevían a salir con la tormenta. Jay había abierto un poco la ventanilla y *Bruno*, una mezcla entre pit bull, labrador y sabueso de San Huberto, apretó su hocico contra la delgada rendija de aire fresco.

La voz de Cash resonaba en la cabina del Toyota mientras Jay aminoraba hasta los límites fronterizos de Baton Rouge.

«Mi mamá me dijo, hijo mío...»

Jay giró su Toyota hacia el resquebrajado camino de entrada a la casa en las afueras de Baton Rouge, un diminuto bungaló de dos dormitorios que había pertenecido a su tía.

«... nunca juegues con pistolas...»

Apagó la radio y el motor. La vivienda se encontraba en proceso de ser vendida por sus aguerridas primas, Janice y Leah, como parte de la propiedad de la tía Colleen. Las hermanas, que apenas se ponían de acuerdo en nada, habían accedido a permitirle el alojamiento en la propiedad mientras estuviese en venta, siempre que llevara a cabo algunas pequeñas reparaciones que el marido de Janice, una frustrada estrella del *rock*, no era capaz de realizar.

Con el ceño fruncido, Jay agarró su bolsa de viaje y su ordenador portátil antes de bajar del vehículo. Dejó salir al perro, esperó mientras *Bruno* olisqueaba y luego levantaba su pata sobre uno de los robles del patio delantero, antes de cerrar el Toyota. Alzó el cuello de la camisa para protegerse de la lluvia, se apresuró por el camino de ladrillo salpicado de hierbajos que llevaba al porche principal, donde una luz brillaba enfrentándose a la noche. El perro iba detrás de él, igual que siempre había hecho durante los seis años en que Jay había sido su dueño, el único cachorro de una camada de seis que no había sido adoptado. Su hermano había sido el dueño de la perra, una San Huberto de pura raza que, tras su primer celo, desestimó la opción del celibato. Se escapó de su caseta y se asoció con el simpático chucho que vivía a cuatrocientos metros de distancia, cuyo dueño no consideró apropiada la castración. El resultado fue una camada de cachorros que no valían un comino, pero que resultaron ser unos perros cojonudos.

Especialmente *Bruno*, con su infalible olfato y su pésima vista. Jay se agachó, acarició a su perro y fue recompensado con un amistoso empujón de cabeza contra su mano.

—Venga, vamos a ver los daños.

Folsom Prison Blues resonó en su cabeza al abrir la puerta y empujarla con el hombro.

La casa olía a humedad, a falta de uso. El aire estaba estancado en su interior. Abrió dos ventanas a pesar de la lluvia. Había pasado los últimos tres fines de

semana allí, repintando los dormitorios, enfoscando el alicatado de la cocina y el baño, y rascando lo que parecían ser años de suciedad en el porche trasero, donde una vieja lavadora se había convertido en el hogar de un nido de avispas. La oxidada máquina, junto con su legión de avispas muertas, ya era historia; unas macetas de terracota con plantas trepadoras ocupaban su lugar sobre las tablas del suelo recién pintadas.

Pero estaba lejos de haber terminado. Tardaría meses en adecuar la casa. Dejó sus bolsas en el pequeño dormitorio y luego caminó hasta la cocina, donde un viejo frigorífico zumbaba sobre el resquebrajado linóleo que aún debía reponer. Dentro del frigorífico, además de un trozo de queso seco y agrietado, descubrió un paquete de seis cervezas Lone Star al que solo le faltaba una botella, y asió una por su largo cuello. Era extraño, pensaba, cómo Baton Rouge, de todos los lugares, se había convertido en su refugio lejos de Nueva Orleans, la ciudad donde había trabajado y crecido.

¿Habían sido las consecuencias del *Katrina* las que le habían absorbido su vitalidad? El laboratorio criminal en la avenida Tulane había sido destruido por la tormenta y el trabajo que realizaba se distribuyó entre diferentes distritos y agencias privadas, así como con el laboratorio criminal de la policía Estatal de Luisiana, en Baton Rouge. A veces trabajaban en remolques del FEMA.¹ Había sido una pesadilla; las horas extra, la frustración de haber recogido montones de pruebas, tan solo para que acabaran comprometidas. Y luego estaba el tiempo empleado como voluntario, ayudando a las víctimas de la tormenta, y a la limpieza después de que retrocediera el agua de las inundaciones. Dudaba que hubiera alguien en el cuerpo de policía que no hubiera pensado en la dimisión, y muchos lo habían hecho, dejando mermaidas las fuerzas en un momento en el que se necesitaban más agentes, y no menos.

No es que Jay culpara a nadie por marcharse. No solo lo demás habían sido víctimas del huracán y necesitaban ayuda; muchos agentes también tenían que lidiar con la pérdida de sus hogares y seres queridos.

También él necesitaba un cambio. No se trataba solo de las interminables horas de trabajo. Ser testigo del horror del huracán y contemplar a la ciudad luchando por recuperarse mientras las Reservas Federales se señalaban unas a otras con el dedo fue demasiado. Pero al saber después que tantas pruebas recogidas con esfuerzo a lo largo de los años se habían borrado literalmente del mapa... aquello cayó encima de él como una losa. Tanto para nada. Tanto que hacer para recuperarlo todo.

Con treinta años, ya estaba hastiado.

¹ N. del t.: Agencia federal para el control de emergencias.

Y algo, algún último fragmento de tragedia, le había enviado lejos de Nueva Orleans, en este viaje.

¿Habían sido los saqueadores? ¿Aquellos lo bastante desesperados o criminales para aprovecharse de la tragedia?

¿Las víctimas atrapadas en sus hogares o residencias?

¿La falta de una respuesta rápida por parte del Gobierno federal?

¿La casi muerte de la ciudad que amaba?

¿O era debido al hecho de que su propio hogar había sido destrozado por el ensordecedor viento y que la inundación había arrancado su cabaña alquilada de sus cimientos, acabando con casi todo lo que poseía?

¿Y a qué parte del desastre podía culpar de su fallido romance con Gayle? ¿Se había extinguido su relación por culpa de él? ¿De ella? ¿De la situación?

Le dio agua fresca al perro con una vieja sartén, después abrió su cerveza. Mientras daba un largo trago del estilizado cuello, se quedó mirando a través de la mugrienta ventana salpicada por la lluvia, hacia el patio. Al otro lado del cristal vio a un murciélago descender junto a las ramas de un solitario magnolio. El crepúsculo llegaba con rapidez, un recordatorio de que tenía trabajo por hacer.

Al girar la cabeza, oyó una de sus vértebras crujir y ajustarse mientras caminaba hacia el segundo dormitorio, aún pintado en un nauseabundo tono rosa, donde había dispuesto un escritorio, una lámpara y un pequeño armario archivador. En un rincón había una cama para perros, y *Bruno* encontró un viejo hueso de cuero de vaca medio masticado y empezó a ensañarse con él. Jay dio otro trago a su Lone Star, y luego apoyó la cerveza sobre el escritorio. Abrió su ordenador portátil y lo dispuso sobre la superficie de formica antes de apretar el botón de encendido. El ordenador se puso en marcha con un zumbido y la pantalla se iluminó. Unos segundos más tarde estaba en Internet, comprobando su correo electrónico.

Entre el correo basura y el de los compañeros de trabajo y amigos había otro mensaje de Gayle. El estómago se le encogió un poco mientras abría la misiva y leía la breve y alegre nota; no encontraba una pizca de gracia en el chiste que ella le había enviado. No le sorprendía. Habían acordado ser civilizados entre ellos, permanecer como amigos, pero ¿quién le tomaba el pelo a quién? No funcionaba. Su relación estaba muerta. Ya agonizaba mucho antes de que la tormenta los golpease.

No envió una respuesta. Era tan inútil como el anillo de diamantes que había en el cajón de su cómoda en Nueva Orleans. Sus labios se retorcieron al pensarlo. No había tenido mucha suerte con aquello de los anillos. Años antes, le había dado un anillo de compromiso a su amor del instituto, y Kristi Bentz se había liado inmediatamente con un monitor al marcharse a estudiar aquí, al colegio All Saints. ¿Qué tal eso como pequeña ironía? Años después, cuando finalmente le ofreció un anillo a Gayle, ella aceptó el diamante y comenzó a

planificar su vida (y la de él) juntos, hasta el punto de que sintió como si tuviera una soga alrededor del cuello. Cada día que pasaba, la cuerda se tensaba más hasta que no había sido capaz de respirar. Su actitud había molestado a Gayle, y ella se había vuelto de lo más posesiva. Le había llamado a todas las horas de la noche, había estado celosa de sus amigos, sus compañeros, e incluso de su maldita carrera. Además, no le había permitido olvidar que quiso casarse con Kristi Bentz mucho antes de conocerla a ella. Gayle estaba segura de que jamás olvidaría a su amor de instituto.

Lo cual era una absoluta estupidez.

De forma que le pidió que le devolviera el anillo.

Y ella se lo había lanzado contra la frente, donde rasgó su piel, dejándole una pequeña cicatriz justo sobre la ceja izquierda, una prueba de la furia de Gayle.

Pensó que ese proyectil le había dado de pleno, pero había evitado uno mayor cancelando la boda.

En esto queda el amor verdadero.

Mientras cogía el mando a distancia del pequeño televisor en equilibrio sobre el armario archivador, repasó su correo electrónico con rapidez. Escuchaba a medias las noticias, esperando que llegaran los deportes y alguna noticia de última hora acerca de los Nueva Orleans Saints, y había comenzado a leer entre una nueva docena de mensajes, cuando escuchó el final de un boletín de noticias en televisión.

«...Desaparecida del campus del colegio All Saints desde antes de Navidad, la alumna fue vista por última vez aquí, en el pabellón Cramer, por su compañera de habitación, el dieciocho de diciembre alrededor de las cuatro y media.»

Jay prestó toda su atención hacia la pantalla, donde una periodista con un anorak azul luchaba contra el viento y la lluvia bajo un cielo amenazador mientras miraba hacia la cámara. El reportaje había sido grabado delante del edificio de ladrillo en el que Kristi Bentz había vivido años atrás como novata. Una imagen de Kristi tal como era entonces, con su largo pelo castaño, su cuerpo atlético y sus ojos profundos e inteligentes, crepitó en su cerebro. Había sido un estúpido con respecto a ella en el pasado, creyendo que era la mujer de su vida. Por supuesto, desde aquella vez, había comprendido lo equivocado que estaba. Afortunadamente, ella rompió la relación, y él se había evitado un matrimonio que probablemente hubiera terminado siendo una trampa para ambos ¡Para que hablen de familias disfuncionales!

«...Desde aquel día, una semana antes de Navidad», decía la periodista, «nadie ha visto a Rylee Ames con vida.». Una foto de la chica de veinte años apareció en la pantalla. Con los ojos azules, cabello rubio con mechas y una brillante sonrisa, Rylee Ames parecía el arquetipo de la chica californiana, tipo animadora, aunque la periodista decía que había asistido al instituto en Tempe, Arizona, y en Laredo, Texas.

«Les ha informado Belinda del Rey, transmitiendo para la WMTA, en Baton Rouge.»

Rylee Ames. El nombre le resultaba familiar.

Interesado, Jay se apresuró en acceder a la página web del colegio y comprobó la lista de su clase, una que estaba actualizada con nuevos estudiantes o clases perdidas en sus programas. El primer nombre de la lista era Ames, Rylee.

Su radar policial estaba en máxima alerta y tuvo que tirar de las riendas de su mente para no caer de un horripilante escenario en otro peor. Violación, tortura, asesinato; había presenciado tantos crímenes violentos, pero trató de no precipitarse en ninguna conclusión, todavía no. No había pruebas de que hubiese sido víctima de ningún crimen, tan solo que había desaparecido.

Los chicos de su edad faltaban a clase, cambiaban de colegio o se marchaban de vacaciones de esquí, o a conciertos de *rock* sin decir nada a nadie. Podría haberse escapado.

Pero puede que no. Había trabajado el suficiente tiempo en el laboratorio criminalista de Nueva Orleans para tener un mal presentimiento acerca de esta estudiante que nunca había conocido. Dio un nuevo trago a su cerveza y leyó más abajo en la lista.

Arnette, Jordan.

Bailey, Wister.

Braddock, Ira.

Bentz, Kristi.

Calloway, Hiram.

Crenshaw, Geoffrey.

¡Espera! ¿Qué?

¿Bentz, Kristi?

Sus ojos se centraron en la pantalla, fijándose en el familiar nombre que aún le causó un impacto, disparándole la presión sanguínea.

¡No puede ser! ¡Estaba invadiendo sus pensamientos!

¡Kristi Bentz no podía estar en su clase! ¡No era posible! ¿Qué clase de cruel giro del destino o ironía sería aquella? Pero allí estaba su nombre, real como la vida misma. No era tan estúpido como para pensar que podía tratarse de otra estudiante con el mismo nombre. Tenía que afrontar el hecho de que la vería de nuevo tres horas por semana, los lunes por la noche.

¡Mierda!

La lluvia aporreaba las ventanas y él miraba la lista de la clase como si estuviera hipnotizado. Imágenes de Kristi revolotearon por su mente: pelo largo que flotaba como si huyera de él a través de un bosque, el juego de luces y sombras que la atrapaba bajo el toldo de ramas, su contagiosa risa; emergiendo de una piscina, el agua goteando de su tonificado cuerpo, su sonrisa triunfal si había ganado la carrera, su ceño profundo e impenetra-

ble si había perdido; tumbada debajo de él sobre una manta, en la parte de atrás de su camioneta, la luz de la luna resplandeciendo sobre su cuerpo perfecto.

—¡Basta ya! —dijo en voz alta, y *Bruno*, siempre alerta, se puso de pie en un instante, ladrando bruscamente—. No, chico, solo es... no es nada. —Jay apartó inmediatamente las estúpidas y viscerales imágenes de sus aventuras de juventud. No había visto a Kristi en más de cinco años, e imaginaba que habría cambiado. Y en cuanto a todas sus fantasías románticas sobre ella, había otros recuerdos que no eran tan bonitos. Kristi tenía mucho genio y una lengua afilada como una navaja.

Hacía tiempo que pensaba haber hecho bien al librarse de ella.

Pero la verdad era que había leído y escuchado acerca de sus devaneos con la muerte, sobre sus encuentros con psicópatas, sobre su larga estancia en el hospital, recuperándose del último ataque, y él se había sentido mal, incluso hasta el punto de llamar a un florista para mandarle un ramo antes de cambiar de idea. Kristi era como una mala costumbre, una de la que un hombre no podía quitarse. Jay estaba bien mientras no oyera hablar de ella, leyera sobre ella o la viese. Todas aquellas viejas emociones estaban encerradas bajo unas llaves bien custodiadas. Había estado interesado en otras mujeres. Había estado comprometido, ¿verdad? Aun así, tener que verla todas las semanas...

Probablemente sería bueno para él, decidió repentinamente. «Para fortalecer el carácter», como su madre solía decir siempre que se metía en problemas y tenía que pagar el precio del castigo, normalmente en manos de su padre.

—Demonios —murmuró bajo su aliento como si fuera la clave de la cuestión en que estaba metido. Su mandíbula se deslizó hacia un lado y, durante un segundo, se permitió fantasear sobre enseñar en una clase en la que Kristi fuese su alumna, en la que tuviera que atenerse a su criterio, a su control. ¡*Jesús!* ¿En qué estaba pensando? Había decidido hace mucho tiempo que no volver a verla era lo correcto. Ahora parecía que tendría que verla durante tres horas seguidas, una vez por semana.

Tras apurar su cerveza, la colocó con un golpe seco sobre su escritorio. No había alterado todo su maldito plan de trabajo, ni comenzado a trabajar en turnos de diez horas, ni tenido que pasar por el suplicio de cambiar su vida al completo tan solo para tener que ver a Kristi cada semana. Apretó tanto la mandíbula que le dolía.

Puede que dejara su clase. En cuanto se diera cuenta de que asistiría a la clase de la doctora Monroe, Kristi probablemente cambiaría de programa. No había duda de que ella no deseaba verlo más de lo que él deseaba tratar con ella. Y la idea de que él iba a ser su profesor probablemente la ahuyentaría. dejaría sus clases. Por supuesto que lo haría.

Bien.

Leyó el resto de la lista de clase de treinta y cinco estudiantes interesados en la criminología; ahora treinta y cuatro. Su mirada regresó al primer nombre de la lista: Rylee Ames. Inquieto, Jay se rascó la incipiente barba de su mentón. ¿Qué demonios le había ocurrido?



—...Ni música alta, ni mascotas, ni fumar, todo está aquí, en el contrato—dijo Irene Calloway, a pesar de que ella misma olía sospechosamente a humo de tabaco. Con sus setenta y pocos años, unos escasos mechones cortos de pelo gris que asomaban por debajo de una boina roja, Irene lucía delgada como un palillo en el interior de sus anchos vaqueros gastados y su camiseta demasiado grande para ella. A modo de chaqueta llevaba una varonil camisa de franela, y observaba a Kristi a través de unas gafas de gruesos cristales. Kristi y ella estaban sentadas a una pequeña mesa rayada, en el estudio amueblado que había en la tercera planta. El lugar tenía una suerte de encanto, con sus techos abuhardillados, la vieja chimenea, los suelos de madera y las ventanas de cristales empañados. Era acogedor y tranquilo, y Kristi no podía creer en su suerte al haber encontrado aquel lugar. Irene golpeó con su dedo largo y nudoso sobre la letra pequeña del contrato.

—Lo he leído—le aseguró Kristi, aunque la copia que ella había recibido por fax estaba borrosa. Sin más dilación, firmó ambas copias del contrato por seis meses y le devolvió uno de ellos a su nueva patrona.

—¿No estás casada?

—No.

—¿No tienes hijos?

Kristi sacudió la cabeza, algo molesta. Las preguntas de Irene se pasaban una pizca de personales.

—¿No tienes novio? El contrato estipula que solamente puede haber una persona ahí arriba. —Hizo un ademán hacia el pequeño desván que una vez había sido un ático, posiblemente las habitaciones de los sirvientes del enorme y viejo caserón, ahora dividido en apartamentos.

—¿Y si decido que necesito una compañera de habitación?—inquirió Kristi, aunque quienquiera que fuese, se vería relegada al sofá de aspecto gastado o a una cama hinchable.

Irene encogió sus labios.

—El contrato tendría que ser reescrito. Yo querría realizar una comprobación de seguridad sobre cualquier posible inquilino y, por supuesto, el alquiler

subiría junto con un nuevo depósito de seguridad. Y no se permite realquilar. ¿Lo entiendes?

—Por el momento, solo estoy yo —respondió Kristi, tratando de morderse la lengua de algún modo. Necesitaba aquel apartamento. El alojamiento era algo difícil de encontrar en mitad del año escolar, especialmente cualquier apartamento cercano al campus. Un golpe de suerte la ayudó a descubrir aquel desván en Internet. Había sido una de las pocas opciones que podía permitirse a una distancia que pudiera caminarsse hasta la escuela. Y en cuanto a una compañera, Kristi prefería volar en solitario, pero las finanzas podrían obligarla a tratar de buscar a alguien para compartir el alquiler y las facturas.

—Mejor. No estoy para tonterías.

Kristi lo dejó correr. Por ahora. Sin embargo, aquella anciana estaba empezando a irritarla.

—¿No tienes ninguna otra pregunta? —inquirió Irene mientras doblaba su copia enérgicamente con las uñas, y la introducía en el bolsillo lateral de una bolsa hecha de ganchillo.

—Aún no. Puede que una vez que me haya mudado.

Los oscuros ojos de Irene se entrecerraron tras sus gafas, como si en verdad estuviera analizando a Kristi.

—Si hubiera algún problema, también puedes llamar a mi nieto, Hiram. Está en el primero A. —Agitaba sus dedos mientras se lo explicaba—. Es una especie de casero de guardia. Obtiene un descuento en su alquiler arreglando cosas y encargándose de problemas de poca importancia. —Las arrugas encima de sus cejas se hicieron más profundas—. Sus condenados padres se separaron y olvidaron que tenían un par de hijos. Qué estupidez. —Rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros para extraer una tarjeta con su nombre y número de teléfono, además de los de Hiram, y la deslizó sobre la mesa—. Le dije a mi hijo que cometía un error liándose con aquella mujer, pero ¿acaso me escuchó? Oh, no... Maldito idiota.

Como si se diese cuenta de que estaba hablando demasiado, cambió de tema rápidamente.

—Hiram es un buen chico. Trabaja duro. Te ayudará a instalarte, si quieres; sabe arreglarlo todo. Lo aprendió de mi marido, que en paz descanse. —Mientras se ponía en camino, siguió hablando—. Oh, voy a hacer que Hiram instale cerrojos nuevos en todas las puertas. Y si tienes alguna ventana que no cierra bien, él también puede encargarse de ello. Supongo que has oído las últimas noticias. —Sus cejas grises se asomaron por el borde superior de sus gafas sin montura y se rascó nerviosamente la barbilla, como si estuviera considerando lo que estaba a punto de revelar—. Varias estudiantes han desaparecido aquí este curso. No han encontrado ningún cuerpo, ya sabes, aunque la policía parece sospechar que les ha pasado algo malo. Si te interesa mi opinión, todas se han escapado. —Desvió la mirada y murmuró—. Siempre pasa, pero nunca se toman

suficientes precauciones. —Asintió como si estuviera de acuerdo consigo misma, metiéndose el bolso bajo el brazo.

—He visto las noticias.

—Todo era diferente cuando yo crecí aquí —le aseguró Irene—. La mayoría de las clases eran impartidas por sacerdotes y monjas, y el colegio tenía su reputación; pero ahora... ¡bah! —Agitó una mano en el aire, como si estuviera apartando un molesto mosquito—. Ahora parece que contratan a toda clase de... tipos raros; en mi opinión, ninguno que tenga un puñetero título. Imparten clases sobre vampiros y demonios y todo tipo de cosas satánicas... religiones del mundo, no solamente cristianismo, te lo advierto, y... ¡luego están esas ridículas obras moralistas! Como si aún estuviéramos viviendo en la Edad Media. Oh, y no me hagas hablar del departamento de Lengua. Está en manos de una chiflada, en mi opinión. Natalie Croft no tiene ni idea de dar una clase, y mucho menos de llevar un departamento. —Resopló mientras abría la puerta—. Desde que el padre Anthony, oh, perdón, es padre Tony porque está tan a la última que supongo que es un colega más; desde que sustituyó al padre Stephen, se han desatado todos los infiernos. Literalmente.

Con los labios apretados, Irene sacudió la cabeza mientras traspasaba el umbral de la puerta hacia el porche, débilmente iluminado.

—¿Cómo va a ser eso de ayuda? ¿Obras moralistas? ¡Por el amor de Dios! ¿Vampiros? ¡Es como si All Saints hubiera regresado a la Alta Edad Media! —Se agarró a la barandilla y comenzó a bajar los escalones.

Una mujer de mente abierta, eso es lo que Irene Calloway no era. Kristi no quiso mencionar que algunas de las clases desdeñadas por la anciana se encontraban ya en su programa.

Después de que su nueva patrona se hubiese marchado, Kristi cerró la puerta con llave y comprobó todas las ventanas, incluida la grande del dormitorio, que llevaba hasta una antigua y oxidada salida de incendios.

Todos los pestillos de las ventanas de aquel pequeño apartamento estaban rotos. Kristi pensó que sería mejor no mencionarle la falta de seguridad a su padre. De inmediato, mientras bajaba la escalera exterior a por sus cosas, llamó al teléfono móvil de Hiram. El nieto de Irene no contestaba, pero Kristi dejó un mensaje y su número de teléfono; después comenzó a arrastrar sus escasas pertenencias a su nuevo hogar, un nido de cuervos que dominaba el muro de piedra alrededor del colegio All Saints.

Sentada en su escritorio del departamento de policía de Baton Rouge, la detective Portia Laurent examinaba las fotografías de las cuatro alumnas desaparecidas del colegio All Saints. Ninguna de las chicas había vuelto a asomar la cabeza. Simplemente habían desaparecido, no solo de Luisiana sino, al parecer, de la faz de la tierra.

El ruido de las teclas acompañaba al zumbido de las impresoras y al de un viejo reloj que marcaba los últimos días del año, mientras Portia observaba las fotografías por la que parecía ser la millonésima vez. Todas eran tan jóvenes. Chicas sonrientes con caras luminosas, con inteligencia y esperanza refulgiendo en sus ojos.

¿O sus expresiones no eran más que máscaras?

¿Había algo más oscuro oculto tras esas sonrisas forzadas?

Las chicas habían tenido problemas, eso se podía asegurar. De forma que habían desaparecido. Nadie, ni los demás miembros del departamento de policía, ni la administración del colegio, ni siquiera los familiares de las chicas desaparecidas parecían creer que hubiera un crimen de por medio. En absoluto. Aquellas sonrientes chicas de cuento de hadas simplemente habían huido; chicas valientes y testarudas que, por uno u otro motivo, habían decidido largarse y no regresar.

¿Estaban metidas en asuntos de drogas?

¿De prostitución?

¿O solamente estaban hartas del colegio?

¿Se habían puesto en contacto con un novio que se las había llevado?

¿Habían decidido recorrer el país en autoestop?

¿Querían unas vacaciones rápidas y habían decidido no regresar?

Las respuestas y opiniones variaban, pero Portia parecía ser la única persona en el planeta a quien le importaba. Ella había hecho copias de las fotos de sus identificaciones del campus y las había pegado sobre el tablero de anuncios de su cubículo. Las originales estaban en el archivo general de todas las personas recientemente desaparecidas, pero estas eran diferentes; estas fotos conectaban a cada una de las chicas que había asistido al colegio All Saints, que había desaparecido, y que no había dejado ni rastro. No habían usado tarjetas de crédito, ni canjeado cheques, ni accedido a ningún cajero automático. El uso de su teléfono móvil se había detenido las noches en que se produjeron sus desapariciones, pero ninguna de ellas había aparecido en un hospital. Ninguna de ellas había comprado un billete de autobús, o de avión, ni se había producido actividad alguna en sus páginas de MySpace.

Portia miraba sus fotografías y se preguntaba qué demonios les había ocurrido. En el fondo, las creía muertas a todas, pero guardaba la mínima esperanza de que su fatigado instinto policial estuviera equivocado.

Ninguna de las chicas tenía vehículo, y ninguna había vivido en el estado de Luisiana hasta que se matricularon en el pequeño colegio privado. Las únicas personas que se sabe que las vieron no notaron nada extraño, ni pudieron darle a la policía el menor indicio de lo que tenían planeado, dónde podrían haber ido, o a quién podían haber visto.

Resultaba de lo más frustrante.

Portia rebuscó en el bolso su paquete de cigarrillos, luego recordó que lo había dejado. De eso hacía tres meses, cuatro días y cinco horas; pero

no es que lo llevara contado. Cogió un chicle de nicotina y lo mascó, sintiéndose poco gratificada, mientras paseaba la vista de una fotografía hasta la siguiente.

La primera víctima, desaparecida hace casi un año, desde el pasado enero, era una estudiante afroamericana, Dionne Harmon, de piel oscura, pómulos elevados, una preciosa sonrisa de brillantes dientes y un tatuaje que decía: «Love» enroscado en colibríes y flores sobre la base de su espalda. Venía de Nueva York. Sus padres jamás se habían casado y ambos estaban muertos; la madre de cáncer y el padre en un accidente laboral. Su único vínculo, un hermano con el nombre de Desmond, quien ya tenía tres hijos, había dejado de pagar la manutención de estos, y cuando Portia trató de hablar con él, este le había contestado que no le interesaba «lo que le pase a esa zorra».

—Muy bonito —recordó en voz alta, reviviendo la conversación telefónica. Ninguno de los amigos de Dionne podría explicar lo que le ocurrió, pero la última persona que admitió haberla visto, uno de sus profesores, el doctor Grotto, al menos parecía preocupado. La especialidad de Grotto era impartir clases acerca del vampirismo, utilizando a veces la «y» al deletrearlo; como «*vampyrismo*»; lo cual era un poco extraño, aunque a veces la gente podía intrigarse y mostrarse inspirada por las cosas más extrañas. A sus treinta y pocos, Grotto era más atractivo de lo que ningún profesor de colegio tenía derecho a ser. La antigua descripción de Hollywood de «alto, moreno y guapo» le sentaba como un guante, y en realidad era mucho más interesante que cualquiera de los viejos y mohosos profesores que habían enseñado durante los dos años que ella había estado en el All Saints, más de diez años atrás.

Las demás chicas desaparecidas eran caucásicas aunque también ellas tenían familias desunidas y despreocupadas que las habían descrito como irresponsables fugitivas, «siempre metidas en líos».

Qué raro que todas hubiesen acabado en el All Saints, y posteriormente desaparecieran en el transcurso de dieciocho meses.

¿Una coincidencia? Portia creía que no.

Los medios de comunicación finalmente se habían dado cuenta y ejercían algo de presión. Ahora el público estaba nervioso y el departamento de policía recibía más llamadas.

Desde que Dionne había desaparecido hacía más de un año, Tara Atwater y Monique DesCartes también se habían esfumado. Monique en mayo, y Tara en octubre; y ahora Rylee Ames. Todas ellas coincidían en algunas clases, principalmente en las del departamento de Lengua, incluyendo la clase de *vampyrismo* impartida por el doctor Dominic Grotto.

¡Plof!

Una carpeta aterrizó sobre sus fotos.

—¡Vaya! —dijo el detective Del Vernon, apoyando la cadera sobre su escritorio—. ¿Todavía estás con lo de las chicas desaparecidas?

Ya empezamos, pensó Portia con un suspiro interior, esperando un sermón por parte del ex militar, convertido en detective. Vernon tenía las tres cualidades que terminan en «o»: calvo, negro y guapo. Aunque ya andaba sobre los cuarenta, jamás había perdido su perfecto físico de marine. Sus hombros eran anchos y fuertes, su cintura delgada y, según Stephanie, una de las secretarías del departamento, su trasero era «lo bastante prieto como para hacer soportable su mal humor». Y estaba en lo cierto. Vernon tenía un cuerpo estupendo. Portia trató de no mirar.

—¿Qué es esto? —preguntó ella recogiendo la carpeta, y la abrió para descubrir el informe de una escena del crimen y la foto de una mujer muerta.

—Doña Desconocida... garganta cortada; es de la comisaría de Memphis. Parece que podría tratarse del mismo tipo que mató a la mujer que encontramos la semana pasada, cerca de la calle River.

—Beth Staples.

—Quiero que lo compruebes.

—Dalo por hecho —respondió, y esperó a que le recordase que las chicas desaparecidas del All Saints no eran víctimas de homicidio y, por lo tanto, no era asunto suyo.

Por el momento.

Pero no lo hizo. En cambio, sonó el móvil de Vernon, que golpeó el escritorio con sus dedos antes de perderse de nuevo entre el laberinto de cubículos.

—Soy Vernon —dijo con voz firme al cruzar el umbral hasta su oficina privada, mientras cerraba la puerta de cristal de una patada.

Portia recogió la carpeta de Doña Desconocida, apartando su atención de las fotografías de las alumnas. Existía una posibilidad de que estuviese equivocada, una posibilidad de que las alumnas desaparecidas estuvieran, de hecho, aún vivas, simplemente en una típica huída adolescente tras meterse en algún lío.

Pero no apostaba por ello.

Dos días después de mudarse, Kristi encontró un trabajo de camarera en una cafetería a tres manzanas del campus. No se iba a hacer rica con el salario mínimo y a base de propinas, pero dispondría de cierta flexibilidad con sus turnos, lo cual era exactamente lo que buscaba. Atender mesas no era un trabajo glamuroso, pero era infinitamente mejor que trabajar para Gulf Auto o la compañía Life Insurance, donde había desperdiciado demasiadas horas en los últimos años como para contarlas. Además, no había cejado en su sueño de escribir sobre auténticos crímenes. Pensaba que, con la historia adecuada, podría convertirse en la próxima Ann Rule.

O una versión parecida, al menos.

El crepúsculo caía al cruzar el campus, con la mochila colgada de uno de sus hombros, mientras las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer sobre el

suelo, en aquel día antes de la víspera de Año Nuevo. Una ráfaga de viento pasó entre los edificios sacudiendo las ramas de los robles y pinos antes de acariciar su nuca con un gélido beso. Se estremeció, sorprendida ante la caída de la temperatura. Estaba cansada debido a la mudanza, y sintió que le pesaban las piernas al doblar la esquina en el pabellón Cramer, donde había vivido su primer año de colegio hacía casi diez años. No había cambiado mucho; desde luego, no tanto como ella, pensó con nostalgia.

Su aliento se transformaba en vaho delante de ella, y por el rabillo del ojo le pareció detectar un movimiento, algo oscuro y ensombrecido, en el ancho seto que había junto a la biblioteca. Las farolas emitieron un brillo azulado, desprendiendo una luz acuosa y, a pesar de forzar la vista, no vio a nadie. Tan solo era su inquieta imaginación.

¿Pero era culpa suya? Entre su propia experiencia a manos de depredadores, las advertencias de su padre y los comentarios de su patrona, estaba condenada a sobresaltarse.

—Tranquilízate —se reprendió, acortando por la casa Wagner, un enorme edificio con ventanas de oscuros contraluces y filigranas de hierro negro. Esta noche, la vieja gran mansión presentaba un aspecto amenazador, incluso siniestro. *¿Y tú crees ser capaz de escribir sobre auténticos crímenes? ¿Por qué no ficción? ¿Tal vez terror? ¿O algo igualmente espeluznante con esa imaginación que tienes! ¿Por Dios, Kristi, tienes que dominarte!*

Apresurándose mientras la lluvia empezaba a caer, pudo oír unas pisadas tras sus propios pasos. Lanzó una breve mirada sobre su hombro y no vio a nadie. Nada. Y las pisadas parecían haberse detenido. Como si quienquiera que la estuviese siguiendo no deseara ser descubierto. O estuviese imitando su propia vacilación.

Se le encogió el estómago y se acordó del espray de pimienta que llevaba en la mochila. Entre el espray y su propia destreza en defensa personal...

¿Por Dios bendito, no pierdas la calma!

Tras levantar un poco más su mochila, retomó la marcha, aguzando el oído mientras esperaba percibir el roce del cuero contra el cemento, el susurro de una respiración pesada al ser perseguida, pero todo lo que pudo oír fue el sonido del tráfico en las calles, el zumbido de los neumáticos sobre el asfalto, el rugido de los motores, el repentino chirrido de unos frenos o del cambio de marchas. Nada siniestro. Nada malvado. Aun así, su corazón palpitaba con fuerza y, pese a su anterior reprimenda mental, abrió uno de los bolsillos de la mochila y buscó a tientas el espray. En pocos segundos estaba en sus manos.

Nuevamente miró por encima de su hombro.

Siguió sin ver nada.

Apretó el paso y acortó por el césped y a través de la verja más cercana a su apartamento. Nada más alcanzar la calle, su móvil empezó a sonar. Con un violento sobresalto, maldijo levemente en un suspiro mientras llevaba una

mano al bolsillo de su abrigo. El nombre de su padre aparecía iluminado en la pantalla. Tras apretar el botón de descolgar y, por una vez, agradecida de que hubiese llamado, lo saludó.

—Oye, ¿es que nunca trabajas?

—Incluso los *polis* nos tomamos un rato libre de vez en cuando.

—¿Entonces has decidido tomarte uno y ver si estaba bien?

—Me llamaste tú.

—Oh, es cierto. —Se le había olvidado... un nuevo pequeño recordatorio de que no se encontraba al cien por cien; su maldita y penosa memoria. Cada cierto tiempo, se le olvidaba por completo algo importante—. Mira, quería darte mi nueva dirección y contarte que he conseguido un trabajo en el Bard's Board. Es una cafetería y cada plato tiene el nombre de un personaje de Shakespeare. Ya sabes, por ejemplo, el capuchino helado Yago, o el Reuben² de Romeo, o el sándwich de palitos de pollo Lady Macbeth y cosas así. Creo que los dueños son dos ex profesores de Lengua. En fin, tengo que aprendérmelos todos para el lunes por la mañana, cuando empiece. Supongo que me ayudará a acostumbrarme a memorizar de nuevo.

—El Reuben de Romeo suena a algo sexual.

—Tan solo a ti, papá. Es un sándwich. Yo no se lo mencionaría a tu compañero.

—A Montoya le va a encantar.

Ella sonrió y, al llegar al edificio de apartamentos, le pregunto:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, ¿por qué?

Pensó en la imagen de él tornándose gris mientras ella estaba al volante el otro día.

—Solo por preguntar.

—Haces que me sienta viejo.

—Es que eres viejo, papá.

—Niñata engreída —le dijo, aunque con humor en su voz.

Kristi estuvo a punto de responder: «Me viene de familia», pero detuvo la respuesta automática. Rick Bentz aún se mostraba algo sensible cuando le recordaban que él no era su padre biológico.

—Escucha, tengo prisa. Luego hablamos —le dijo en cambio—. ¡Te quiero!

—Yo a ti también.

Kristi comenzó a ascender la escalinata exterior para encontrarse con una chica de corta estatura en el rellano de la segunda planta, quien parecía tener problemas con una bolsa de basura goteante.

² N. del t.: El Reuben es un sándwich de ternera y queso.